EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

El catalán de la Mancha

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el Paseíllo

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

SANTIAGO RUSIÑOL

# EL CATALÁN DE LA MANCHA

EL PASEÍLLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Edición y traducción de
**Juan Carlos Rodríguez**

el Paseíllo

2024

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

© de la traducción, textos y notas: Juan Carlos Rodríguez, 2024
© de esta edición: Editorial El paseíllo S. L., 2024
www.elpaseillo.com

1ª edición: septiembre de 2024

Diseño, maquetación y cubiertas: Elisa Romero Moreno
Corrección: Nieves Porras Parrado
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-129133-0-9
Depósito legal: Co-1387-2024
Código THEMA: FBA; ATXZ1

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

# Índice

Introducción
**Orígenes** 9

**EL CATALÁN DE LA MANCHA**

I 21
II 27
III 33
IV 41
V 47
VI 55
VII 65
VIII 73
IX 83
X 93
XI 103
XII 113
XIII 123
XIV 131
XV 143
XVI 155
XVII 163

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

XVIII 171

XIX 181

XX 191

XXI 201

Apéndice
EUGENIO VENTOLDRÀ, REY DEL VOLAPIÉ

Nota biográfica 211

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

# Introducción
## Orígenes

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROVISIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

El 10 de noviembre de 1911, Santiago Rusiñol publicó una glosa[1] en el semanario *L'Esquella de la Torratxa* titulada «Hegemonia». El texto fue concebido durante una estancia del artista en Aranjuez, en la que coincidió con otro catalán, el harinero Buenaventura Ventoldrà. La familia había emigrado desde Barcelona y pasado por varias provincias españolas hasta establecerse en el Real Sitio, donde el padre envió a su hijo Eugenio a estudiar a Madrid. En la capital, este entró en contacto con círculos taurinos y dejó los estudios para dedicarse a los toros. El contacto con los Ventoldrà inspiró la glosa, cuyo mensaje inicial es sencillo: el sentimiento nacionalista se diluye de padres a hijos con la emigración, cuando estos se integran en una cultura distinta. Rusiñol explicaba de esa manera que una supuesta «modernización» de la España profunda, propiciada por catalanes que emigraban a otros lugares, no llegaría a producirse.

Pero mucho más allá de la anécdota, la glosa fue la semilla de la novela *El català de la Mancha*, que se publicaría en catalán tres años más tarde,[2] en la que la historia se enriquece con múltiples matices, adqui-

1 El escrito formaba parte de la serie *Glosari,* aparecida en la revista desde 1907 hasta 1925, aunque el autor ya colaboraba con dicha publicación desde 1891.

2 La identidad pretendidamente secreta del hijo torero del molinero la develaba José Gaya, en *La Lidia* del 20 de agosto de 1917, denominando a Ventoldrà «el catalán de la Mancha». También Paradox en *L'Esquella de la Torratxa* del 20 de septiembre de 1918 aclaraba el misterio.

ridos en viajes a Aranjuez y otros pueblos de los alrededores en 1913.[3] La pieza se transformaría nuevamente en 1918, ahora para convertirse en obra teatral. La aparición de la novela en abril de 1914[4] coincidía con la creación de la Mancomunidad de Cataluña, que debía acabar con lo que ya entonces se denominaba «el problema catalán».

El libro se publicó en un período de «moda cervantina», que se había iniciado en 1905, con motivo del tercer centenario del *Quijote.* Pero existe otro factor de conexión de Rusiñol con Cervantes y es la relación familiar con el reputado cervantista de la época y sacerdote, Clemente Cortejón, al que había enviado una carta en otoño de 1900.[5] En ella lo trataba de «tío», denominación aplicada en la época al cura de la familia, aunque no hubiera ninguna consanguinidad. El texto de la carta sugiere que el sacerdote había estado en el balneario de Sant Hilari junto con los Rusiñol. Cortejón daba también sermones en la iglesia de Santa Ana, parroquia oficial de la familia del artista, en la que se casaron Santiago y Lluïsa Denis, y no es descabellado pensar que la ceremonia fuese cooficiada por el cervantista.

A pesar de la relación de amor-odio de Rusiñol con la iglesia,[6] del trato con un experto en la materia (al cual le prometía en la carta un ejemplar del *Quijote),*[7] pudo provenir la tendencia de aquel a hacer re-

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROTEGIDO
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

3 Por ejemplo, algunos personajes que tocan la guitarra y la bandurria se corresponden con las hermanas de Eugenio Ventoldrà, aficionadas a dichos instrumentos.

4 Como solía hacer, Rusiñol la leyó en primicia en Mallorca, el 18 de marzo, en la Asociación de Prensa, según cita *El Liberal* de Madrid de ese mismo día en la página 2.

5 Manuscrito, carta, [s.a.], [s.l.] de Santiago Rusiñol a Clemente Cortejón, Biblioteca Cervantina de Juan Sedó Peris Mencheta, Biblioteca Nacional de España.

6 Rodríguez Esteban, Juan Carlos. *Un nou retrat de Santiago Rusiñol, a través dels seus escrits a L'Esquella de la Torratxa.* Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2022, p. 223-254.

7 «Yo en cambio le mandaré un [sic] edición del *Quijote,* publicada en Amberes sobre pergamino, con caracteres algeverianos, en el año de gracia de 1342». El terrible error en la fecha genera un anacronismo en línea con la deficiente capacidad contable de Rusiñol, que se combinaba con la deformación del nombre de los

ferencia frecuente al *Quijote* en sus escritos. Por ejemplo, en veintidós escritos de *L'Esquella de la Torratxa,* donde utiliza elementos cervantinos (Quijote, Cervantes, Sancho), y que culminaría con *El catalán de la Mancha.*

Hay que señalar que una buena parte de la obra está dedicada al mundo de los toros. En dichos textos, el autor revela un conocimiento profundo de ese tema, que lo delata como aficionado y espectador asiduo de la fiesta, tendencia que también evidencia en numerosos escritos de *L'Esquella de la Torratxa.*[8] Entre ellos cabe destacar la glosa del 17 de noviembre de 1911, en la que establece un cierto paralelismo entre la religión del arte modernista y la del toreo: «El acto era una misa, un oficio que daban al maestro, un comulgar espiritual con el sacerdote del toreo». El significativo contenido taurino de la obra pudo ser una de las razones para que no triunfase completamente en Cataluña, donde el nuevo modelo cultural burgués, el *noucentisme,* trataba de distanciarse del populismo del mundo de los toros, más asociado a las clases obreras, con independencia del hecho de que Barcelona fuera la única ciudad española con tres plazas en continuo y exitoso funcionamiento. De todas maneras, como señala la doctora Casacuberta,[9] es evidente que el modelo de «sensatez y furor» presentado en el libro difiere radicalmente del de La Ben Plantada, el símbolo racial noucentista.

La metáfora (o metáforas) que plantea el libro ha provocado diferentes interpretaciones. En la más habitual, se considera que Rusiñol retrata el atraso de la Mancha en aquellos tiempos en que Cataluña proponía renovar España desde su propio modelo. Pero lo cierto es que en el capítulo XII, al catalán protagonista del escrito:

---

caracteres «elzivirianos». En cualquier caso, el artista estaba muy al corriente de la afición coleccionista de Cortejón.

8 Rodríguez Esteban, Juan Carlos. «Una borrachera de sol (Santiago Rusiñol y los toros)». *Revista de estudios taurinos,* ed. Universidad de Sevilla, 2022, núm. 50, p. 11-52.

9 Casacuberta, Margarita. «Entre el "problema catalán" i la crisi d'Europa: claus per a la recepció d'El català de la Manxa de Santiago Rusiñol». En: *Els Marges,* núm. 104, 2014, p. 10-28.

EDICIÓN DIGITAL MATERIAL PROTEGIDO DE DIFUSIÓN PROHIBIDA

De todas formas, la prensa afirmaba de la versión teatral que «llamaría la atención y suscitaría discusiones políticas».[20] Hay que considerar que el estreno debía producirse en el año de la tristemente famosa gripe española, que afectaba considerablemente a todos los espectáculos. Finalmente, en diciembre y coincidiendo con un descenso en la incidencia de la pandemia, la pieza se representó con éxito en el Gran Teatro Español del Paralelo, patrocinada por Eduardo Blasco, el mismo empresario, relacionado con el mundo taurino, que se atrevió a estrenar *El auca del señor Esteve* cuando ningún teatro la aceptaba. Fue precisamente él quien mediante sus contactos consiguió el asesoramiento del torero Antonio Boto Recatero *(Regaterín)* para la escena de la obra en la que se reproduce una capea, realmente innovadora.

Rusiñol, fabulista crónico, ejecutó una curiosa maniobra con este personaje: describía en una glosa de *L'Esquella de la Torratxa* cómo Regaterín moría, aparentemente de tristeza, justo después de aconsejar a los actores. La realidad es que el torero, que se había retirado el 27 de junio de 1916, en corrida con el Gallo y Belmonte, tenía cuarenta y dos años cuando se publicó la glosa y vivió veinte años más, hasta morir en marzo de 1938, víctima de un bombardeo de la guerra civil en Barcelona. Cabe pensar que la historia inventada por Rusiñol era una maniobra más para atraer al público a las representaciones.

En conclusión, *El catalán de la Mancha* es una novela nacida del germen de un encuentro fortuito de Rusiñol con un catalán molinero en Aranjuez, al que el hijo le había salido torero. En primera instancia, la historia sirvió para escribir una glosa en *L'Esquella de la Torratxa* e ironizar sobre la hegemonía de Cataluña en España (es decir, sobre el modelo de la Lliga/los noucentistas). La glosa derivó en una novela que tiene muchas más lecturas: cervantina, modernista, autobiográfica, etc. Pero lo que es indudable es que la poliédrica lectura de la novela sigue vigente hoy en día, quizá más que nunca.

Juan Carlos Rodríguez

20 *El Fígaro,* 30 de agosto de 1918, p. 14.

© EDICIONES CÁTEDRA
MATERIAL PROTEGIDO
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

# EL CATALÁN DE LA MANCHA

SANTIAGO RUSIÑOL

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEILLO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

# I

**Cantalafuente. De cómo y de qué manera era el pueblo. — De lo que allí vería aquel que fuera, si tuviera que ir. — El camino vecinal, las calles, la plaza, la iglesia, el palacio, y vuelta al camino vecinal. — Un molino de la Mancha.**

En aquellas llanuras de la Mancha, tan memorables por sus hechos como desoladas para los que las habitan, hay un pueblo que –¡oh, lector!– no lo busques en el mapa, porque no lo encontrarás.

A ese pueblecito, no se sabe el porqué, lo llaman Cantalafuente, aunque es el pueblo más mortecino, más callado y apagado de toda la Mancha.

Quizá se llame Cantalafuente porque Nuestro Señor quiso que en aquel rincón de secano –tan seco que, cuando pasa una nube, siempre pasa de largo– haya un riachuelo que no se sabe de dónde viene, que se puede decir que es natural porque no tiene origen conocido; un reguerito de agua clara que salta por aquí, gira por allá, bordeado por cuatro florecillas, y forma una veta de verdor que atraviesa aquellos campos ocres.

No busques árboles por allí. O se murieron todos, o nunca los hubo, y, si los hubo, los cortaron por siempre jamás, amén.

Busca, si quieres, que eso sí lo encontrarás, campos lisos que llegan al horizonte, lomos de montañitas con plantas mustias y resecas, en las que unas huellas en el suelo, aún más resecas, marcan el caminar de los hombres y del ganado que va con los hombres, y que por eso lo llaman... un camino. De aquellos que uno se pregunta a dónde demonios debe llevar. Busca, si quieres, en medio de los campos, algunos bue-

© DASEIN EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

yes, que te mirarán al pasar con unos ojos dulces y sospechosos; busca unos cuervos volando, detente y... no busques mucho más, porque tampoco lo encontrarías.

Ni el pueblo se ve hasta que llegas justo a su lado. Es tan de color de tierra, tan descabezado, tan aplastado, y los tejados están tan agachados que, si no fuera por el campanario –un bello campanario plateresco de color de corcho, forrado de azul– y por un molino de viento extendido –que gira acompasado, como un reloj de viento–, te parecería que el pueblo es un terrón de aquella Mancha, que la tierra se ha vuelto tapia, que el polvo de la inmensa llanura se ha ido apretando, que se trata de casas arrojadas dentro de un horno y que el sol se ha ocupado de cocerlas.

A este pueblo, como ocurre en todos los pueblos que tienen un camino vecinal, se entra por el camino vecinal: un camino empolvado y lleno de roderas que, en cuanto penetra en el pueblo, se va volviendo calle, para ensancharse al llegar a la plaza y después volver a convertirse en vecinal.

Al entrar por la carretera las puertas se ven cerradas. Todo el mundo está en el campo; todos deben estar en esa llanura inmensa que seca a los hombres como a las paredes y los hace teñirse de color de casa, igual que a las casas de color de hombre, en aquella desolación donde el pan de cada día parece crecer por sí mismo. ¡Se ven tan pocos habitantes! Solo terrones endurecidos por la antigüedad de una tierra que ha perdido toda la carne y de la que solo queda el esqueleto.

Las puertas están cerradas, y, si no fuera porque, de vez en cuando, se puede ver en el umbral de alguna ventana un tiesto con una flor, como si fuera una sonrisa en una grieta, podría creer el transeúnte que, o bien no ha vivido allí nunca nadie, o se han muerto todos los que allí vivían.

Después, ya un poco más adentro, hay tres o cuatro tiendecitas, esmirriadas como nichos, tristes como cajas viejas. Allí está el herrero, el zapatero del ganado, que no falta nunca en los pueblos y que se gana la vida haciendo música con el *ángelus* del yunque. Allí está el hostal, un establecimiento grandioso, con enormes comedores para los caballos y una mesita para dar de comer a los hombres; con telarañas en el te-

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

cho y losas en el suelo, una chimenea sin fuego y una lámpara que se apaga en cuanto ve llegar la noche. Más allá, el apotecario, con aquel escaparate tan desteñido y polvoriento, con los remedios desbravados, los ungüentos rancios y un Hipócrates de yeso, que se ha ido desconchando y al que han tenido que pintar al óleo, junto a unas serpientes tan simbólicas como muertas de hambre, que aportan miseria a aquel altar de la ciencia. Allí, por fin, está la taberna, la única lucecita de alegría para los habitantes del pueblo, gozo del espíritu y del gusto, consuelo del triste y asilo del pobre, refugio para reponerse y para ir a tocar la guitarra. Y, cerca de la taberna, la plaza, o sea, el foro del pueblo.

En esta plaza, por supuesto, está la iglesia, como es costumbre, y en la de Cantalafuente es donde se han acomodado toda la fe de los antepasados y toda la piedra del llano. Es de ese estilo que llamamos plateresco, sin saber por qué lo decimos: muros inmensos y desolados; tan desolados y lisos que ni en las juntas quiere crecer la hierba, tan amiga de los muros, ni el sol ha tenido virtud para dibujar relieves. Frontón místico que se utiliza para jugar a la pelota, o para apoyarse en su sombra todos los desempleados del pueblo.

En esta mole de piedra amarilla, a un lado, está la portalada, altísima, cargada de columnas, de santos, de uvas, de símbolos, de ángeles, de molduras y de cornisas, y que, hoy un cascote y mañana otro, se va desgranando en polvo, como todo lo de Cantalafuente.

El interior también es demasiado grande. Es una de esas iglesias que parecen deshabitadas. Los altares quedan pequeños y la nave ancha; los santos, en el altar, pasan frío y tristeza; hay un coro con treinta asientos que parecen esperar al concilio, y en el que solo se sientan el vicario y dos o tres beneficiados. En el altar mayor, al decir misa, o faltan devotos o sobra altar. Es un templo como para que acudiese todo el pueblo, si al pueblo le diera por ir, y que hicieron espacioso para posibles ensanches de las creencias.

Delante de la iglesia, el palacio. En todos los pueblos de la Mancha suele haber uno de estos palacios. Tienen grandes balcones con barandillas llenas de hierro repujado; tienen un gran escudo con leones, que, dada la forma en que se carcomen, también deben ser platerescos; tienen una ancha barbacana cargada de barro de golondrinas y algunas

© EDICIONES CATEDRA
MATERIAL PROTEGIDO
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

puertas tapiadas; y tienen las ventanas tan cerradas, que parece que no se abrirán nunca más, y que, si algún día las abren, crujirán las bisagras, se agrietarán las maderas y emergerá un vaho de ultratumba.

De este palacio de Cantalafuente nadie sabe nada. Nadie ha entrado en él nunca. Se oye decir que en otro tiempo estuvo habitado por un marqués de casaca y peluca, que tiene el retrato en medio del salón y una gran lápida en el cementerio; se sospecha que en los muros hay enterradas grandes jarras con onzas de oro; se dice también que hará cosa de unos cincuenta años se oyó en él ruido de cadenas; que las ratas se enseñorean y anidan en los pergaminos. Y solo se sabe a ciencia cierta una cosa: que allí arriba, cerca de la buhardilla, vive un administrador que cobra, de todo el pueblo y de todas las tierras del llano, los derechos de esto y los alquileres de lo otro, ya sea en dinero, con trigo o con garbanzos, y que ese administrador tiene más fincas que aquel amo que no se sabe si es hombre o fantasma.

Todavía hay algo más en la plaza. Aún está el café. Un café donde no se toma café, pero del que debe hacerse mención porque, sea como sea, allí está. Con espejo incluido, con cuatro mesas para jugar al mus los domingos; con una escalera de caracol que va a parar a un cuarto oscuro, por si se quiere jugar a los *prohibidos*, y con un mostrador con las botellas necesarias y las de repertorio.

Pero queda otra tienda, en la que venden tinajas y pellejos. Tinajas como urnas romanas, y pellejos con todo el pelo que tenía el ganado cuando buscaba hierba por estos páramos. También hay unos porches blancos, tan blancos que en ellos se ha gastado toda la cal de la llanura, y tan bajos de nave que, si no fuera porque los hombres de Cantalafuente son pequeños y delgados, no cabrían en ellos de pie. Y todavía hay otra cosa, que es la que más cuesta describir: ¡el sol que cae en esa plaza!, ¡ese sol que todo lo reseca!, que cuece los cerebros, las piedras, las tapias, los botijos y las tinajas; un sol de desierto en un país que está habitado, pero por muy poco; un sol que se derrama tan a destajo, que ha matado incluso a las pobres cigarras que habían osado instalarse en el lugar.

Más allá, y siempre siguiendo aquel camino vecinal, que, como espada oxidada atraviesa el corazón del pueblo, se encuentran, lo mismo

EDICIÓN EDITORIAL MATERIAL PROMOCIONAL PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

que a la entrada, casas desiertas de alegría. Algunas están abandonadas. Tanto, que parece que las dejaron derrumbarse antes de haberlas levantado. Y de allí, se pasa otra vez al campo, tan liso y yermo como al entrar, sin árboles, sin cantos, con la misma línea de polvo que sigue hacia otro pueblo que debe haber allí al fondo, y con idéntica soledad de terruño áspero y despoblado.

A la derecha, por un barranco —al que llaman barranco para no ofender, porque un hombre ligero puede saltarlo— pasa el reguerito del que hablábamos antes, y, como esparce un poco de humedad por las riberas por las que pasa, alimenta a cuatro o cinco huertecitos con árboles sedientos que sorben el agua de él. Forma un prado natural de la anchura de un plato sopero, con un olmo que le da sombra y unos zarzales que le abrigan.

Y, por fin, en lo alto de una colina, está el molino. El molino de la Mancha.

Ese molino vive solo, gira solo. Con las alas cara al viento, parece que no pasen por él los años. Gira igual que como lo hacía siglos atrás. Indiferente a la historia, para él no ha sucedido nada en el mundo. No ha visto más que la inmensa llanura, sin una ola, sin un estremecimiento; no ha oído decir que hay otros pueblos en los que también muelen harina, pero sin alas y sin torre; no ha visto nada más ni quiere ver más. Él solo extiende los brazos en el aire, aquellos brazos que sostuvieron la idealidad del *Quijote*, recibe el envite siempre en el rostro, y nada le da miedo, nada le detiene. Es la tradición, que da vueltas y marca el compás de Castilla.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN